

Las murallas de Colonia a través del informe histórico de 1854 La guerra como vocación

**Sebastian Rivero Scirgalea
Al Pie de la Muralla
dazet@hotmail.com**

En 1854, el vecino y edil de la Junta Económica Administrativa de Colonia, Luis Gil, entrega a la corporación una memoria histórica sobre “el origen y fundación de la ciudad del Sacramento y las causas de su estado y constante retroceso”.

Dicho informe, que inaugura la producción histórica local, nace en un momento social significativo, y se proyecta al futuro en sus planteos.ⁱ

En 1851, bajo la fórmula “ni vencidos ni vencedores” el estado uruguayo había clausurado la contienda regional e internacional, que se conoció como Guerra Grande y que estuvo a un paso de comprometer sus destinos como estado – nación.

Las resultantes de este conflicto fueron múltiples: el país se terminó de plegar al mercado mundial, al empuje de la segunda revolución industrial; avanzó la tutoría brasileña, al perder influjo la Confederación Argentina; la extranjerización de la tierra y el aumento de la masa inmigratoria, hicieron aparecer nuevos grupos productivos, diversificando la explotación económica y ampliando el mercado de consumo; los intentos de superar las divisas mediante la política de fusión (visible en el gobierno de Juan Francisco Giró – 1852-1853), pero a su vez, su imposibilidad, debido a las presiones personales y económicas, y a la irracionalidad de la propia bandera.

Al momento de escribir Luis Gil su informe, la crisis predominaba en la república, y por eso el título que lleva.

Sin embargo, las reflexiones que postula Gil, amén de responder a su apremiante presente – y ese es un rasgo para estudiar – también se insertan entre las preocupaciones historiográficas, sociales y filosóficas del siglo XIX. El informe delata un modo peculiar de escribir historia, una visión de la misma (que podemos llamar de forma laxa su “filosofía de la historia”), un cúmulo de problemas que responden al pensamiento político-social del período; pero también, las circunstancias de su vida y su entorno local, que se traslucen nítidamente a través del texto. A este plano de mayor inmediatez se circunscriben los comentarios acerca del rol que la muralla desempeñó en la historia de Colonia. Este análisis tiene un claro fin pragmático, y puede ser una de las bases argumentales que explican su demolición en 1859 bajo la presidencia de Gabriel Pereira.

1. La Historia y sus visiones en el siglo XIX

Localista, celebratoria, acrítica, superestructural, banderiza, de personalidades y héroesⁱⁱ, es parte de la historia que consagra la primera mitad del siglo XIX.

Se pueden reconocer crónicas y memorias, en muchos casos, aún no historia propiamente dicha. Esta labor protohistoriográfica fue descriptiva y cronológica, apelando a una narración tanto costumbrista como erudita.ⁱⁱⁱ

La crónica erudita encuentra ejemplos en Deodoro de Pascual (español, 1822 – 1874), que en sus “Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay” (dos tomos), que comprende el período 1811 – 1839, deja entrever una posición monárquica, pro hispana y pro Brasil imperial.

La crónica narrativa es más plástica y fluida que la anterior. Intenta mostrar un fresco de época, donde aparte del dato político, se presentan aspectos de la vida cotidiana. Un exponente típico es Isidoro De María (1815 – 1906), autor de biografías, crónicas y anales.

Juan Manuel de la Sota (argentino radicado en 1829 y muerto en 1858), elabora su “Catecismo geográfico – político e histórico de la República Oriental del Uruguay”(1850), como una forma de reivindicar la territorialidad del estado uruguayo, luego de la Guerra Grande.

En la segunda mitad del siglo XIX, siguiendo lineamientos europeos, se produciría un discurso histórico con bases en el romanticismo y el positivismo, dando cauce a ciertas tendencias filosofantes y un corpus documental más sólido.

Como síntesis, cabe señalar lo escrito por Real de Azúa: “El afán por fijar un ayer que se borra, utiliza el recuerdo y el testimonio personales; nuestros primeros historiadores vivieron nuestra historia y recurrieron al documento en forma menos sistemática de lo que hoy suele considerarse deseable. En el punto de partida, también, la simple narración temporal de los hechos satisface las aspiraciones de autor y lectores y sólo más tarde se abre paso la preocupación por explicar el curso de los sucesos, por interpretarlos a la luz de criterios sociológicos o filosóficos más abarcadores y profundos.”^{iv}

A esa protohistoriografía, descriptiva, cronológica y memorialista, donde el autor es a la vez actor de los hechos, se afilia el informe histórico de Luis Gil.

2. Biografía de Luis Gil

Luis Gil nació en Colonia del Sacramento el 19 de agosto de 1816. Segundo hijo de Juan Hill (inglés, natural de Londres), quién había llegado a la Provincia Oriental con 23 años en 1811, al momento en que Artigas desembarcaba en la Calera de las Huérfanas. Tuvo algunos problemas con el ambiente local, por su origen protestante. En 1814 contrajo matrimonio con María del Carmen Estevan, hija de un militar retirado y propietario en la zona. Ante las oposiciones, Juan Hill se pasó a la fe católica. Estableció una casa de comercio y en 1821 inició exportaciones con rumbo a Inglaterra. Ese mismo año, antes que la actividad prosperara, falleció.

Luis Gil aprendió en la infancia el idioma paterno. Frecuentó hasta los diez años la única escuela existente, dirigida por Mariano de Ipárraga. A esa edad, comenzó su actividad comercial en los negocios de su tío materno Francisco de Paula Estevan y de su padrastro José Díaz Armesto. Aunque su familia era partidaria del antiguo régimen y del imperio brasileño, dirigió sus simpatías hacia la causa patriota.

En 1832, con estos vínculos y este aprendizaje en el comercio, fue a Montevideo como empleado del establecimiento de Manuel Pombo. De regreso en Colonia, se asoció con su padrastro para una empresa industrial en el Real de Vera.

Durante la Guerra Grande se pliega al bando blanco (se ignora por cuales relaciones previas). En 1848, con el grado de capitán, forma parte de la división que opera en Colonia, actuando como ayudante del Coronel Lucas Moreno en la toma de Colonia el 18 de agosto. A fines de ese mes, Moreno pensaba iniciar la demolición de la muralla, solicitando presos al Gobierno del Cerrito. Sin embargo, pasará más de una década para que esto se concrete. En 1851, siendo Luis Gil teniente coronel, se le confió la jefatura de la plaza de Colonia, en ausencia de Moreno (que marchaba con su división a unirse al ejército de Oribe, por la invasión de Urquiza). Al alejarse esas tropas, se sublevó un sector de la guardia nacional. Advertido Moreno por un chasque enviado por Gil, volvió con sus hombres y contuvo la rebelión.

En los años siguientes (hasta 1860) se desempeñó como alcalde, defensor de menores, secretario y presidente de la Junta Económico Administrativa y jefe político. De 1860 a 1863 como diputado.

Poseyó un establecimiento saladeril en el Real de San Carlos, al que cambió en 1851 por una tropa de ganado, que condujo a poblar los campos de su esposa en San Pedro (en 1850 había contraído matrimonio con Prudencia Badell).

La empresa saladeril merecía una escasa inversión inicial de capital, y esta pronto se recuperaba (en 1852 – destacaba Halperin Donghi – los costos “de un año de explotación siguen superando a la inversión inicial necesaria para crear el establecimiento”).^v

Después de este emprendimiento saladeril, adquiere en 1859 una estancia en Conchillas (antiguas tierras de la estancia de Las Vacas de la Orden Jesuita). Con una extensión de 3.000 cuerdas cuadradas, en sus comienzos el establecimiento fue ganadero, y luego absorbió actividades agrícolas. Mantuvo luego explotaciones de piedra arrendadas a la empresa inglesa constructora del puerto de Buenos Aires, por lo que se hizo una línea férrea desde la estancia hasta el Río de la Plata (ubicándose allí el puerto de Conchillas).

Durante su vida pública apoyó la difusión de la educación y el fomento rural.

En 1870 se radicó con su familia en Montevideo, falleciendo en 1888 en su estancia de Conchillas.^{vi}

Luis Gil perteneció al sector comercial coloniense. Ese sector, en 1836, ocupaba un 26%, junto al de los propietarios que constaba de un 10% (considerando 117 personas que declararon su profesión – durante el censo - en 762 pobladores de la ciudad).^{vii} Ese grupo, merced al tráfico portuario, dominaba la ciudad en prestigio e influencias.

Su filiación al bando blanco, se desconoce si sobrevivió a la Guerra Grande (y a las ideas de la “fusión”). Sus relaciones con Lucas Moreno, además de militares, debieron fundarse en una mirada similar

sobre el desarrollo en el departamento de Colonia, en aspiraciones y proyectos comunes en el plano económico – social.

Estas pertenencias y relaciones otorgan ciertas claves para comprender su postura historiográfica y filosófica.

Ahora bien, se hace mucho más difícil vislumbrar su conformación intelectual. Concurrió a la escuela, conoció el idioma inglés – el de sus mayores – se radicó en su juventud en Montevideo, en un medio acomodado.

Es presumible, que dado su filiación con el gobierno del Cerrito, conociera las ideas de Bernardo P. Berro que se difundían desde “El Defensor de la Independencia Americana”. Entre 1847 y 1848, Berro mantuvo una polémica con Manuel Herrera y Obes (en “El Conservador” de la Defensa de Montevideo). En el curso de la misma se reflexionaba sobre el caudillismo, el imperialismo, y los contrastes entre “civilización” y “barbarie”. Berro señaló entonces lo relativo de esta oposición, al aparejar la “barbarie” con lo “rural”, planteando por su parte que la lucha de la “civilización” no era con la “barbarie” sino con la “ignorancia”.^{viii} Es decir, los intelectuales del Cerrito y la Defensa, pese a ciertas diferencias en la forma de entender la política y la sociedad locales, mantenían concordancias en los trazos filosóficos más amplios: en el progreso que trae la difusión de la técnica y el saber occidentales, en la confianza en el liberalismo y el capitalismo, en la palanca de la educación; creyendo que el cese de las guerras civiles será el corolario del triunfo de estos elementos.

Estas ideas – presentes en un Lamas, un Berro, un Alberdi o un Sarmiento (y las diferencias entre estos pensadores son patentes) - son las que hallan eco – si bien de modo implícito – en el discurso de Luis Gil.

3. El Informe de 1854

La crónica histórica de Luis Gil fue escrita en 1854 a pedido de la Junta Económico Administrativa de Colonia y lleva por título: “Informe sobre el origen y fundación de la Ciudad del Sacramento y las causas de su estado y constante retroceso.”^{ix}

En la primera parte se menciona la labor de investigación. La imposibilidad para acceder a muchas fuentes documentales, en los archivos de Buenos Aires y Brasil, por lo que la “Comisión ha tenido que apelar a los muy escasos antecedentes que corren impresos, y a las tradiciones y relaciones de antiguos colonos españoles, de los pocos que existen ya en este vecindario”.

Las razones de la fundación de la Colonia se deben a “la sabiduría y previsión del gobierno de Portugal, pretendiendo separar sus colonias de las de su poderoso rival el gobierno español por los dos más caudalosos ríos de la América del Sur, el Amazonas y el Plata”, es decir, poner una “cuña” en medio de las posesiones españolas, logrando sus límites naturales. Las causas de la fundación de la ciudad, en la tesis de Luis Gil, se basan en la geopolítica. Además así se podrá adquirir “el muy rico, aunque desierto, territorio oriental del Plata y Uruguay”. Estas miras luego se traspasan a la política brasileña.

La constancia de la geopolítica luso – brasileña a través del tiempo, se hallaba vivificada en la época, por el recuerdo de la Cisplatina y por los recientes tratados de 1851, prolongándose en las manifestaciones políticas de Andrés Lamas.

Sobre el afán anexionista brasileño, Luis Gil escribía desde su acuciante presente.

La crónica prosigue con un relato político – militar: La fundación de la Colonia por Manuel Lobo y su destrucción; su devolución en 1681; otro cerco y toma en 1703; nueva devolución en 1715. Un comentario sobre Vasconcellos y sus buenas relaciones con Buenos Aires, consiguiendo “extender su jurisdicción hasta los ríos del Rosario y San Juan, al este y norte de la colonia.”

La fundación del Real de San Carlos y la ocupación de Colonia por Cevallos en 1762 (se menciona la marcha triunfal de las tropas españolas).

Nuevo retorno a manos portuguesas y su final destrucción en 1777.

Después la repoblación española, convirtiéndose la plaza en un presidio. Algunas familias se establecieron ocupando casas y quintas abandonadas, “pero con el temor constante de la devolución de la colonia a sus fundadores, nadie se cuidaba de su fomento, consumándose su ruina.”

Aparece aquí la segunda tesis de Luis Gil: la ciudad del Sacramento no prosperó por el permanente estado de guerra, que se extiende a los tiempos hispanos.

Se anota la llegada de familias asturianas y gallegas – destinadas a la Patagonia – y el reparto de las propiedades portuguesas (tierras de cultivo). “De estas familias y de las anteriores de tropa descende nuestra población nacional.”

Luego siguen los hechos bélicos: las invasiones inglesas, la toma de la Colonia en 1811 por los orientales juntistas, el retorno de los portugueses en 1817.

Durante la dominación del Brasil y la Revolución de 1825, la “ciudad de la Colonia, siempre bloqueada y su inmediación siempre desierta, fue constantemente el teatro de diarios combates sangrientos.”

Otra vez la tesis bélica.

Se relatan luego los sucesos de la guerra hasta la Convención de Paz de 1828. Se realiza un corte temporal, y se menciona que en 1815 – en la etapa artiguista, aunque esto no se dice – el gobierno civil de la ciudad pasó al cabildo, “que se erigió y mereció el título de ‘honorífico y muy ilustre’”, hasta su disolución en 1830.

“Tantas guerras sucesivas por la posesión de la ciudad del Sacramento como punto militar de gran importancia, obligaba a los gobiernos interesados en su conservación a reparar y aumentar constantemente sus fortificaciones y medios de defensa”, por eso “se ha contenido el desarrollo de su población y comercio, que han disminuido siempre, huyendo de una ciudad amenazada constantemente por la guerra.”

Sin embargo, reflexiona Luis Gil, después de la independencia de la república, la Colonia alcanza una prosperidad, que hubiera continuado a no ser por los episodios de la Guerra Grande.

Desde 1843, el bloqueo de la capital por la escuadra argentina, favoreció el comercio de la ciudad. Pero la guerra la hizo su presa en 1845, cercada por las fuerzas navales anglo – francesas. El vecindario abandonó la ciudad perdiendo cuanto tenía.

Hasta 1848 la población fue “el teatro más destructor de la guerra”. En 1851 nuevas víctimas se sumaron (Luis Gil hace alusión a la revolución que él tuvo que enfrentar aunque no lo menciona).

Luego entramos en el presente, y en los últimos trastornos políticos de 1853.

La conclusión de Luis Gil es desalentadora, y envuelve a todo su relato con el pragmatismo de entender la ruina actual: “Tal es, hasta el presente, la historia sangrienta de la desgraciada ciudad del Sacramento desde su fundación. Ella nos denuncia el origen de todos sus males en las fortificaciones que la cercan. Desaparezcan sus muros y la ciudad del Sacramento con su población pacífica, comercial e industrial, dejando de temer la guerra se extenderá y favorecida por su excelente Puerto y posición geográfica, llegará a rivalizar con las dos Capitales del río de la Plata.”^x

El eje narrativo es político – militar, estructurándose el relato de forma cronológica. La única unidad que cabe señalar entre los acontecimientos, es el sino de la “guerra”, la vocación y la fatalidad bélica de la población.

El relato se limita sobre todo al entorno de la ciudad, aunque se hacen alusiones a la política luso – brasileña.

La vocación presentista y pragmática del texto es manifiesta desde su título. Es la guerra, traducida en las murallas, la que impide el desarrollo de la ciudad. Caigan las murallas, cese la guerra, y esta se volverá floreciente.

La “guerra” para Luis Gil es vista casi como un hado adverso, que, sin motivo, atenta contra el progreso. O, a lo sumo, es la resultante de un condicionamiento geográfico, plasmado en la política.

Pero estas ideas – que se presentan como su “filosofía de la historia” – se encuentran en otros pensadores rioplatenses: Andrés Lamas acusa al conflicto entre los bandos como la causa de la decadencia de la república, en su Manifiesto de 1855; Juan B. Alberdi, el escritor argentino, en su libro “El Crimen de la Guerra” (1866), sostiene que la guerra atenta contra la libertad y la riqueza, siendo causa de despoblación y de crisis económicas (estos postulados eran compartidos por la burguesía ilustrada del siglo XIX).^{xi}

Aunque no se menciona la lucha entre divisas, se hace alusión a la rebelión de la guardia nacional en Colonia, y sus intentos para sofocarla (pero el cronista no evidencia simpatías partidarias).

Como sostiene Franco Catalano, hay una estrecha relación entre el historiador y la época y sociedad donde le toca vivir.^{xii} Esta relación condiciona su “visión histórica”. Así, Luis Gil escribe desde los planteos de la burguesía ilustrada del país. Sus vínculos con la administración de Moreno – con su tendencia progresista -, su lugar como comerciante y hacendado, pautan este posicionamiento.

Las murallas, para Luis Gil, trazaban no sólo una división en el espacio, entre el adentro y el afuera, construyendo el desarrollo de la población, sino que implicaban un límite entre dos historias: la colonial, con

su secuela de guerras y su rémora de barbarie, y otra posible historia republicana, civilizada y progresista, que debía nacer desde su propio presente.

Cuando el presidente Gabriel Pereira – apoyado por miembros de la clase alta local y nacional, como Luis Nin^{xiii} – demuela las murallas en 1859, va a estar imbuido de este espíritu: el desarrollo agrario - comercial debía echar por tierra las barreras materiales y simbólicas de la guerra.

Sebastián Rivero Scirgalea
Colonia del Sacramento, abril de 2008

ⁱ El nieto por vía materna de Luis Gil, Enrique Azarola Gil, iniciará su labor historiográfica sobre Colonia del Sacramento debido a sus estímulos, como lo declara en su libro “La Epopeya de Manuel Lobo”, C.I.A.P., Madrid, 1931. (En la misma incluye la crónica de 1854).

ⁱⁱ REAL DE AZUA, C., “El Uruguay como reflexión (II)”, Capítulo Oriental 37, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1969.

ⁱⁱⁱ SANSÓN, T., “La construcción de la nacionalidad oriental. Estudios de historiografía colonial”, F.H.C.E., Montevideo, 2006.

^{iv} REAL DE AZUA, C., “Pensamiento y Literatura en el siglo XIX: las ideas y los debates”, Capítulo Oriental 8, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968.

^v HALPERIN DONGHI, T., “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires 1810-1852”, Desarrollo Económico, abril – setiembre, Buenos Aires, 1963.

^{vi} AZAROLA GIL, L. E., “Azarola Crónica del linaje”, Ed. Gráficas Reunidas, Madrid, 1929.

^{vii} Junta Económico Administrativa. Libro 728 (Archivo General de la Nación)

^{viii} BERRO, B. P., HERRERA Y OBES, M., “El caudillismo y la revolución americana. Polémica”, Biblioteca Artigas, Col. Clásicos Uruguayos, vol. 110, Montevideo, 1966.

^{ix} J. E. A. Libro 731, f. 508 a 518. (A.G.N). El informe fue publicado por Azarola Gil en su libro “La epopeya de Manuel Lobo”, op. cit., (aunque faltan dos documentos probatorios incluidos en el escrito de la Junta). Para el análisis se usaran ambos textos.

^x Hay diferencias en este pasaje entre el manuscrito de la junta y la versión de Azarola Gil. La frase: “Ella nos denuncia el origen de todos sus males...” no existe en la versión de la junta. El texto de Azarola Gil dice: “Desaparezcan sus ruinas”, y en el de la junta se estampa: “sus muros”. Se ha preferido, en este caso, hacer una síntesis de ambos textos. Para el resto de las citas, se ha tomado la versión de Azarola Gil.

^{xi} LAMAS, A., “Escritos”, T. II, Biblioteca de Autores Nacionales del Instituto Histórico y Geográfico, 1943; ALBERDI, J. B., “El Crimen de la Guerra”, Clásicos Americanos, Editorial Molino, Buenos Aires, 1943.

^{xii} CATALANO, F., “Metodología y Enseñanza de la Historia”, Ediciones Península, Barcelona, 1980.

^{xiii} En un artículo de “El Orden” (A.I, N° 27, junio 1, 1881, Colonia), se menciona que el estanciero Luis Nin, influyó cerca del gobierno para derrumbar las murallas, ayudando al ingeniero encargado de su ejecución.